



Ilustración

ANDRÉS BOZZO

(Director de cine y artista argentino contemporáneo, nació en Buenos Aires en 1974)



"Borracho"
Birome



"Cabezanegro"
Plumón y tinta

El movimiento intelectual artístico luego de la Primera Gran Guerra produjo una gran brecha con la época positivista que le antecedió. Esa vieja disputa entre racionalismo y libertad del originalismo cobrará un impulso vital desde la literatura y la poética para revolucionar también a las artes plásticas. Andrés Bozzo es un representante actual de esa corriente que se extralimita de la representación pura para abarcar aspectos que trascienden la conciencia y penetrar en esa magia de lo inconsciente, lo onírico y fundamentalmente lo imaginativo. En sus "astratos" como él los denomina se conjuga una cromaticidad riquísima, una articulación magistral entre lo clásico y lo nuevo, pero por sobre los aspectos formales de la técnica, subyuga lo emotivo de la búsqueda. Esa interpretación imaginaria que el hombre necesitó para no perder la libertad ante la obligación de tantas veces canjearla con el fin de sentirse un hombre feliz.

En la corriente surrealista se pueden avizorar los efectos de esa puja entre lo real que conduce a la eficacia mundana y la desesperación que implica recuperar la emancipación del verdadero "ser". El ámbito de ese fragor se origina en la misma sutileza que le adscribió al hombre un sesgo distintivo dentro de lo natural: la adquisición de lo consciente. El surrealismo llega a esta requisitoria de la mente a través de transitar su propia conciencia, en un intento de caminar sobre sus incandescentes brasas.

El movimiento surrealista

El "*Primer Manifiesto del Surrealismo*" de André Breton, publicado en 1924, sería el inicio conceptual en la búsqueda de abocarse a la representación de lo inconsciente, de las obsesiones y de las interpretaciones oníricas. Esta indagación en lo más profundo de la conciencia –la inconsciencia– se valió de una herramienta fundamental, la *asociación de ideas*, con la cual lo heterogéneo compuesto de lenguaje, sueños e imaginaciones hallan la posibilidad de ensamblarse dentro de un determinado espacio-tiempo. Se llega a este juego surrealista incorporando el automatismo y el *objet trouvé*; Breton adscribió el automatismo a la misma definición del surrealismo: "*Automatismo psíquico puro, por medio del cual se intenta expresar, verbalmente, por escrito o de cualquier otra manera, el funcionamiento real del pensamiento, en ausencia del control ejercido por la razón, ajeno a toda preocupación estética, moral y consciente*". (1) El *objet trouvé* representa la contingencia capaz de despertar la inspiración con tanta intensidad como para producir un cambio. No deja de alinearse con la corriente multidisciplinaria actual de las ciencias de la complejidad en lo metodológico para colisionar en el mismo seno de las evidencias pospositivistas.

En su principio, el surrealismo fue un movimiento literario. En pintura, la primera exposición realizada en París hacia 1925, entrevió rápidamente que había dos vías que conducían a esa representación cromática. El primero era el automatismo ligado a la abstracción, en el cual la pintura



"Hilos"
Plumón y tinta

no es un proceso de raciocinio exclusivo, sino que incorpora el accidente ocurrente para transformarla en un acontecimiento. La otra es el *trompe l'oeil* entendido como el sentido de la representación próximo a la realidad para fijar las imágenes oníricas. Recuperar esos sueños nacidos en el abismo de la conciencia que se desvanecen invariablemente. Con estos atributos se incorporó a la pintura el modelo interior, el que nace de la misma indagación que efectúa el hombre con su propia conciencia dirigida al precipicio de la propia mente.

El nacimiento de la conciencia

El animal ocupaba el tiempo de su existencia sin la intriga del juicio. El instinto que ostentaba era la aceptación de un destino que todavía no alcanzaba a presumir, sólo podía ser consumido inadvertidamente. Constituía parte de un universo sin la sospecha de que era factible ocupar otro momento que el presente. En su vagabundeo, este animal percibía únicamente las necesidades que hacían a ese "tiempo de vida". Una lucidez estrecha le alertaba con un miedo imprescindible y ancestral que estaba hecho para la supervivencia. A su vez, un afecto primario casi siempre extemporáneo, garantizaba al ignoto orden superior, que se subvertía sin explicaciones a la procreación. En esa geografía se acompañaba de seres más condescendientes que él dispuestos a soportar dicha situación. El mundo que habitaba era silencioso, a veces sólo manifestado con voces repetitivas, que se exteriorizaban en alocuciones pequeñas que servían para la precaución de permanecer y también exclamar el dolor que se iniciaba en la superficie del cuerpo. Los caminos a la memoria no existían y una conciencia incipiente se

desvanecía en su misma mirada tras un signo de interrogación inútil. (2)

La razón que poseía era demasiado precaria; por lo tanto, desconocía del suceso del tiempo y de la irreversibilidad de la muerte. Ocupaba un momento orgánico de la transmutación de la energía que lo traspasaba en su conformación circunstancial. Ninguno de los entes de ese universo estaba en desmedro de otro. Esa energía no se desvanecía ni se perpetuaba en la forma. Fluía en continua organización.

No albergaba evidencias para comprender su predestinación en el cosmos que habitaba. Sólo era un flujo "de" y "en" energía instantáneo desprovisto de pasión. Existía en un momento de espejismos discretos establecido por el orden natural imperante, el cual ni siquiera podía ser sospechado. Esa criatura aprendió que debía asustarse y escudriñar a los que participaban de la experiencia a su alrededor, los cuales igual que él actuaban sin saber del mal. Por las noches un terror arcaico impregnado en lo profundo de la memoria lo sepultaba en un anónimo insomnio. Entonces, al recorrer con su vista los repetidos fuegos blancos en cielos insondables, fue madurando esa necesidad de indagar el infinito. Quizás haya sido en ese momento que una primigenia conciencia le otorgó el sesgo definitivo que lo cinceló diferente. Y trágico.

¿Pero era posible vivir por siempre con los ojos abiertos? ¿Nunca cerrarlos para soñar? Fue en un tiempo no explicado que ellos perdieron la contemplación y se mostraron inquisidores para agudizar una naciente codicia que no lo abandonaría jamás.

Ese despertar lo volvió audaz, inquieto, insatisfecho, provocador, pesquisante. Pero por sobre todas las aptitudes desarrolló una instancia fundamental, la inmensa posibilidad de imaginar. Este paso trascendental fue más lejos que la simple capacidad de describir la percepción de su estado. Lo sedujo hacia utopías impensadas. Llegado a este nivel era imposible retroceder. Debía trepar hasta intentar ser su propio hacedor. En ese rumbo una tenacidad creciente aunada a los triunfos que creyó cosechar, lo precipitó al conocimiento del mundo que ocupaba, pero también a la perspectiva de su propia desdicha. Supo que estaba solo. Y extraviado en una maraña en la que la vida se extinguía en la incompreensión sobre el sentido de poseerla. En una forja creciente su existencia se convirtió en saber que era sólo el rasgar de un fósforo que iluminaba la propia noche en la que se encontraba. Se enceguació de claridad, pero sin su tenencia, la adversidad fue completa. De la ignorancia de sus primitivos días, ellos se convirtieron en insatisfacción. Eso lo precipitó aún más en la obligación de enfrentarse a confusiones y soledades que se le tornaban intolerables.

La conciencia ha significado la aparición de un hecho único, fantástico, en medio de la inocencia. Lograr analizarse a sí mismo ha conducido al hombre a la desesperación o a la soberbia. Mientras tanto muda a un animal alucinado e imaginativo, a quien nadie en el universo puede delatar.

Este encaje de lo imaginario, onírico, metafísico para hallarle simbología a lo inconsciente es lo que nos muestra en su obra Andrés Bozzo. Es capaz de indagar en el mismo nacimiento de la conciencia. Lo demuestra con su emoción, puente indeleble entre lo que se "es" y lo que se conjetura "ser". Lo materializa con sus palabras "yo uso plumones antiguos que son regalos de mi padre, cada tanto me dan un trazo que es de mi agrado".

Jorge C. Trainini

1. Breton A. "Primer Manifiesto del Surrealismo". Ed Argonauta; 1924.
2. Trainini JC. "Rasinari". Ensayo, 2007. Inédito.